

Sergio Grez Toso

DE LA 'REGENERACIÓN DEL PUEBLO' A LA HUELGA GENERAL. GÉNESIS Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL MOVIMIENTO POPULAR EN CHILE (1810-1890)  
Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1998.

Hace veinticinco años publiqué una historia de Chile en inglés. Había revisado las historias generales y las monografías chilenas y también las obras escritas en Estados Unidos y en Europa, sobre todo en Inglaterra. No obstante escribí: "Historical treatments of the origins, character, and evolution of the Chilean labor movement in the early nineteenth century remain extremely fragmentary". ("El tratamiento histórico del origen, carácter y evolución del movimiento obrero a comienzos del siglo diecinueve es aún extremadamente fragmentario"). Cuando se publicó la segunda edición del libro en 1988 no había motivos para cambiar esa frase. Sin embargo, cuando estaba por salir la tercera edición (hacia fines del 2000) se había producido un renacimiento de los estudios históricos en Chile, incluyendo el tema de los movimientos sociales y laborales del siglo XIX, lo que ha implicado autoadministrarme un cursillo de "postgrado" sobre el artesanado, las mutuales y el cooperativismo, la luchas campesinas y mapuches y el movimiento sindical obrero chileno, leyendo las investigaciones de académicos como José Bengoa, Eduardo Cavieres, Eduardo Devés, Baldomero Estrada, Cristián Gazmuri, Alvaro Góngora, María Angélica Illanes, Luis Ortega, Julio Pinto, Jorge Rojas F., Rafael Sagredo, Gabriel Salazar, René Salinas, Luis Valenzuela, Jaime Valenzuela y Sergio Villalobos. Por su influencia en la historiografía chilena, habría que agregar a la lista al argentino Luis Alberto Romero. Seguramente hay mucho más que leer. Espero que me perdonen los autores que no he mencionado por no haberlos alcanzado todavía a incluir en mi reeducación histórica.

Sin embargo, el investigador que más ha hecho para que mis palabras de 1976 y 1988 ya no tengan validez es Sergio Grez Toso. En 1995, Grez editó el libro *La cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, publicado por DIBAM en la serie de Fuentes para la Historia de la República del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. En este libro, Sergio Grez nos recordó indirectamente a todos los historiadores que investigamos temas chilenos del siglo XIX la falta de estudios respecto la "cuestión social". Además, al introducir la importante colección de escritos sobre este tema desde la Patria Vieja (cuando se encuentra a "un franciscano revolucionario... haciendo una lectura 'clasista' de los problemas del país" (pág. 10), Grez le da gran peso a la posibilidad de "reivindicar los méritos y ventajas de la investigación basada en fuentes primarias por sobre las verdades aceptadas y repetidas más o menos acriticamente en trabajos de mera reinterpretación" (pág. 44). Sin embargo, seguía faltando una historia de los movimientos sociales y obreros del siglo XIX basada en una investigación de fuentes primarias.

Dos años después, Sergio Grez publicó un trabajo realmente monumental sobre lo que llama la "génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)" que aprovecha tanto las monografías y otras obras secundarias existentes sobre el tema, como las fuentes primarias de archivos muy variados. Sergio Grez se ha dedicado, en primera instancia, a "encontrar las huellas de una historia que no ha sido escrita sino muy parcialmente" (pág. 30). No solo ha encontrado las huellas, sino ha hecho una extensa investigación que incorpora una historia socioeconómica del país a la vez que la historia

de las organizaciones de artesanos, peones, obreros y obreras urbanos, sus movimientos reivindicativos y sus relaciones con el Estado, la Iglesia, partidos políticos y otros movimientos sociales desde 1810 hasta 1890. La riqueza empírica de este trabajo lo hará en el futuro una referencia esencial para cualquier investigador en este campo, así como los argumentos teóricos lo harán un tema de debate entre historiadores con distintas aproximaciones a la historia social y con diversas visiones de la historia de “lo popular” y de la evolución de las clases sociales en las sociedades latinoamericanas del siglo XIX.

Tal vez lo más valioso de esta investigación de Grez es el implacable contrapunto entre las “verdades aceptadas” provenientes de las pocas historias sociales y de los movimientos populares que existen, con los datos encontrados en los múltiples archivos que el autor ha explorado. En muchas ocasiones, Sergio Grez compara y contrasta dichas verdades aceptadas con los frutos de su investigación y las encuentra parciales o sencillamente erradas. Y lo demuestra, ofreciendo al lector la evidencia y las fuentes del caso.

Grez lleva al lector desde las artesanías y manufacturas coloniales hasta la huelga general de 1890. Documenta como nunca antes, una descripción de las organizaciones, reivindicaciones y conflictos entre grupos “del pueblo”, las facciones de la elite, los empresarios y el Estado desde la década de 1830 y los inicios del movimiento obrero moderno, en las salitreras, puertos, ferrocarriles y manufacturas nacientes de la segunda mitad del siglo XIX. Muestra también la instrumentalización que las elites liberales y conservadoras hicieron de los grupos de artesanos y de la guardia nacional en su competencia por controlar y definir la naturaleza del Estado nacional emergente. No falta tampoco una consideración de la influencia de la Iglesia, las logias masónicas, y el primer “partido obrero” —el Partido Democrático— en el despertar y la configuración de los grupos “populares”. Todo lo anterior, aprovechando fuentes inéditas de los archivos nacionales y regionales, y de las mismas sociedades de artesanos, de socorros mutuos y la prensa obrera.

Esta investigación de Sergio Grez es una obra valiosa por su marco teórico-histórico, su cuidado en los detalles, sus matices, y su enfrentamiento directo con los historiadores “intocables” dentro de la historiografía chilena. Sobre todo con los historiadores marxistas que se dedicaron al tema de la “cuestión social”, no siempre con la misma metodología empírica de Grez. Como ejemplo, Grez cuestiona profundamente varias conclusiones de Marcello Segall y también de los otros historiadores más conocidos del movimiento obrero chileno. En general, Sergio Grez no entrega una visión romántica o idealizada de las luchas sociales ni sobreestima la influencia de los movimientos peonales u obreros antes de la década de los 1870. Concluye que “las luchas propiamente obreras y peonales fueron más bien escasas durante toda la primera mitad del siglo [XIX]” (pág. 265). No obstante, describe en términos emotivos las pocas rebeliones de peones que documenta, como fue el caso, hacia fines de 1835, en San Bernardo y una asonada en Valparaíso en 1858 (p. 266). Respecto a los movimientos de artesanos, sigue dos hilos consistentes, la reforma o abolición del servicio de la Guardia Nacional y la demanda artesanal para la protección estatal frente la importación de manufactureras extranjeras, las que se incorporaron como exigencias constantes de los grupos artesanales casi hasta la Guerra del Pacífico. Como explica Grez, “el servicio en la Guardia Nacional era una dura carga sobre las espaldas de los pobres. Más todavía cuando, a pesar de lo prescrito en la Constitución, sólo ellos eran llamados a enrolarse en sus filas como soldados y suboficiales” (pág. 273). Los grupos de artesanos militantes, casi nunca surgieron de manera autónoma, ni las sociedades igualitarias en los 1850, aun cuando, según Grez, las sociedades de San Felipe, Los Andes y La Serena “fueron agrupaciones compuestas esencial o exclusivamente

por elementos populares, que actuaban paralelamente a las organizaciones del liberalismo de la *gente decente*" (pág. 372). Al respecto, no ofrece una lista de socios de cada ciudad, como en otros casos, pero el punto central sería que pocas veces, hasta 1861, hubo movimientos de artesanos urbanos totalmente desvinculado de un liberalismo de elite antigobierista.

Por otra parte, Sergio Grez también ilustra la vida de Fermín Vivaceta y la historia del mutualismo chileno, en el contexto de las guerras civiles de 1851 y 1859, y documenta el proyecto educativo popular, reivindicativo y mutualista, que fue apoyado por el presidente José Joaquín Pérez, en la época de la reconciliación nacional que emprendió en la década de 1860. Continúa la historia con un resumen de la luchas reivindicativas y la coordinación popular entre 1861 y 1879. El cuadro N° 17 (págs. 446-450) --con la omisión del movimiento de Chañarcillo de 1834, posiblemente "error de imprenta", dado que Grez incluye el menos conocido movimiento de 1837--, será por mucho tiempo una referencia básica de recuento de las más importantes protestas sociales y movimientos reivindicativos urbanos y mineros entre 1819 y 1879. Una importante contribución es la apreciación de Sergio Grez que hay "evidentes elementos de continuidad con procesos de larga data" (pág. 744) en la evolución de las organizaciones que representaban a artesanos, mineros, pescadores, portuarios y otros tipos de obreros urbanos, que contribuyeron al nacimiento del movimiento sindical obrero moderno. En su consideración de lo que llama el *liberalismo popular* (1860-1879), se presenta un cuadro que ilustra esta "continuidad" con las instancias de participación de medio centenar de dirigentes y activistas populares en mutuales, filarmónicas obreras, la campaña presidencial de Benjamín Vicuña Mackenna, la campaña proteccionista y en otros movimientos de las sociedades populares (págs. 521-524), método usado por Cristián Gazmuri en *El '48' chileno* (2a edición, 1998), con los igualitarios, radicales, masones y bomberos. Con este tipo de micro-historia de las experiencias organizativas de dirigentes, se forja una historia colectiva del liderazgo del "liberalismo popular", que después se entremezcla y, a veces, combate a los movimientos influidos por el anarquismo y socialismo. Según Grez, el liberalismo popular actuaba como un filtro transformador del discurso de la elite liberal, resultando en un sincretismo político que reflejaba la lectura plebeya del ideario liberal (pág. 536).

El "filtro" permitió pasar, sin embargo, los granos de la continuidad. El primer partido político popular, *El Democrático* (1887) recoge elementos centrales de la demandas de los 1830-1840: liberación del servicio en la Guardia Nacional, proteccionismo, y regulación por el Estado que abaratara el costo de la vida cotidiana del pueblo. En su primer año, el Partido Democrático tuvo tres grandes triunfos: la desaparición jurídica y de facto de la Guardia Nacional, el rechazo de un proyecto de ley de impuesto al ganado argentino, y la supresión del alza de medio centavo en los pasajes de segunda clase en los tranvías de Santiago, después de manifestaciones violentas en las que se incendiaron varios carros en Santiago (1888). El gobierno de Balmaceda reprimió a los dirigentes demócratas, como reprimiría después a los portuarios y obreros salitreros en 1890. Pero como lo explica Grez, hubo "una gran inconsciencia de la elite dirigente frente a las evidencias de un mal que se extendía como una gangrena sobre el cuerpo de la sociedad" (pág. 758), aun cuando los sectores populares estaban "en vías de devenir un sujeto social autónomo" (pág. 759).

Sin embargo, la riqueza y los matices de la investigación de Sergio Grez me llevan a poner en duda algunas interpretaciones gruesas de la obra, sobre todo su conclusión. Me parece cuestionable después de leer el libro, dos veces, que existiera algo que se pudiera

denominar “*el movimiento popular en Chile*”, al menos en términos compatibles con el uso del concepto “movimiento social” de gran parte de la literatura sociológica. Sobre todo, si el concepto implica algún sentido de autonomía, unidad, o coherencia. Hubo muchos tipos de movimientos sociales y de organizaciones entre los sectores “populares” desde los 1830 hasta 1890. Hubo distintas formas de sociabilidad, muchas de ellas con poca conexión directa con lo que podría llamarse un “movimiento popular” político. Lo que muestra la investigación de Grez es precisamente la riqueza, variabilidad, interconexión con grupos y partidos de elite y clase media y la evolución del carácter y de las reivindicaciones sociales de *algunas* de estas “organizaciones populares” hasta julio de 1890, cuando el país experimentó la primera huelga general.

Hasta 1890, en mi lectura de esta investigación, no se distinguen los sectores populares “en vías de devenir un sujeto social autónomo”. Sobre la relativa autonomía organizativa e ideológica de los movimientos populares, Grez trata de mantener su línea empírica, aun cuando se evidencia su anhelo por encontrar rastros de autonomía y protagonismo donde los hubiere. Argumenta que hacia fines de la década de los 1880, “se produjo un proceso de unificación creciente de las demandas populares” (pág. 588), tesis que encuentro al menos debatible, no obstante los editoriales en la prensa popular y los movimientos proteccionistas, así como los intentos de coordinar las acciones de las sociedades obreras y artesanales, que Sergio Grez documenta. Su análisis de los movimientos reivindicativos entre 1879 y 1890 lo lleva a concluir que la huelga obrera se transforma en un fenómeno corriente en las principales ciudades, puertos y regiones mineras del norte, que las sociedades de socorros mutuos asumieron frecuentemente la organización y dirección de los movimientos reivindicativos (confirmación de la continuidad y transformación de los grupos populares como respuesta a los cambiantes condiciones socioeconómicas), prefigurando así las sociedades de resistencia y luego las mancomunales y los sindicatos (págs. 586-587). En otros casos, sin embargo, las condiciones locales dieron a luz a organizaciones y movimientos nuevos y, en todo caso, los tipos de movimientos sociales variaban considerablemente, desde las “explosiones” mineras y la “guerra social” de los carrilanos, hasta los movimientos, casi modernos en sus demandas y pliegos de peticiones, de los tipógrafos, que involucraban a veces al gremio de toda una ciudad (pág. 587). En muy pocas instancias, sin embargo, se refiere a movimientos laborales o protestas sociales estrictamente “autónomos”, siendo los actores externos a veces la Iglesia, a veces el Partido Conservador, a veces los masones, a veces los liberales y demócratas. Eso no implica que las organizaciones populares no tuvieran vida propia pero ¿estaban “en vías de devenir un sujeto social autónomo”?

Ante los variados movimientos populares “parece ser que no existía por parte del Estado una política claramente definida para entregar una respuesta unificada y coherente al fenómeno huelguístico de reciente masificación...” y las autoridades intermedias (municipalidades, intendencias) trataban de mediar entre las partes en conflicto” (pág. 587). Los gobiernos oligárquicos de los 1880 todavía no habían resuelto definitivamente los debates sobre la profundización del liberalismo político (dilema que no se ha enfrentado con éxito ni en la última década del siglo XX) emprendido entre Lastarria y los pelucones en los 1840. Menos preparados todavía estaban para “solucionar” la “cuestión social”, que no entendían, como no la entendían bien los gobiernos europeos o los gobiernos de los Estados Unidos. Sergio Grez no ignora todo eso, incluso su investigación revela las muchas divisiones políticas y de intereses económicos entre los sectores de elite. Pero en la historia que cuenta de la *Sociedad Escuela Republicana* (“el canal de expresión

política de la elite de los trabajadores” desde fines de los años setenta y hasta 1887) se encuentra, tal vez, el deseo subyacente de la investigación: “la creciente confluencia de los cuadros de las principales organizaciones obreras y populares” (págs. 621-639).

No obstante algunas diferencias de interpretación y de aspiraciones, que si no las hubiera en más de 800 páginas sería algo milagroso, Sergio Grez ha escrito el libro que me hacía falta hace un cuarto de siglo, y ha producido una narrativa que liga la evolución de los movimientos y las agrupaciones “populares” a los procesos de urbanización e industrialización, a la incorporación de la economía chilena al mercado internacional, a las ideologías importadas y a los partidos políticos y movimientos sociales que se generaron hasta fines del siglo XIX. Como él mismo reconoce, más de una vez, la historia que ha hecho no es exhaustiva, pero no dejará de ser el punto de partida obligado para futuros historiadores chilenos y extranjeros que pretenden estudiar los grupos y movimientos urbanos populares desde la independencia hasta la guerra civil de 1891.

BRIAN LOVEMAN  
San Diego State University